

TORICES

Dora Isabel Berdugo Iriarte¹

El 12 de agosto del 2000, siendo aproximadamente las siete de la noche, regreso a Cartagena la de Indias con la ilusión de devolverme a Bogotá en 15 días a lo sumo, pero una serie de eventos desafortunados no me permitieron lograr mi cometido y me quedé en la fantástica a día de hoy.

Eso sí, añoro el clima de la capital, los amigos y el olor a eucalipto que perfumaba mi casa cuando la brisa del cerro lo hacía llegar hasta la 24 con cuarta, lugar donde ubiqué mi última residencia mientras estuve viviendo en esa ciudad, que entre sus bondades permite la libertad de ser. El de Bogotá no es un ambiente familiar policivo, sino un espacio para encontrarte con tu ser desde la cultura del anonimato.

Pasados unos tres meses se vino el parto de mi hija menor y con ello, mi enfoque fue el mismo del presidente Samper: “aquí estoy y aquí me quedo”, como era consciente que esa era la única opción la tomé con estoicismo. Comenzar de cero en una ciudad con dos niñas pequeñas, sin empleo y tu pareja tampoco, dejando una vida construida en otra parte, no es algo fácil, pero superarlo no te hace héroe, sino que demuestra a la sociedad, tu capacidad de aguante.

Por aquellos días de recién llegados, la familia de ambos lados prometió apoyo, pero como todo, después de un tiempo fue mermando, no queríamos que nuestro olor, para la parentela se tornara igual al del pescado podrido, tampoco nos gustaba ser vistos como una carga y echamos manos de la osadía, para mudarnos ante la mirada impávida de quienes pensaron, seríamos visitantes de por vida.

Nos mudamos un día 31 de marzo de 2001, al Hotel Bellavista, a un apartamento amoblado, gracias por todo se le dijo a la familia. Al final de cuentas, todos llegamos a este mundo para hacer la propia vida. Ante esos argumentos, nos desearon suerte con la boca, pero en sus caras se notaba que estaban seguros de nuestro fracaso y que en poco tiempo regresaríamos a la casa familiar, cosa que después de veinte años contra viento y marea no ha ocurrido, y espero que no suceda, porque me he acostumbrado a la independencia.

El hotel Bellavista queda en la avenida Santander, en el barrio Marbella frente al mar. Es un lugar al que le tengo cariño, en mi soltería viví un tiempo ahí, lo tuve como sitio de paso antes de migrar a Bogotá. Es un entorno agradable y cooperativo. Mis niñas eran queridas para los empleados y el propietario, fue un momento muy cálido, el tiempo vivido con mi familia en este lugar.

Como la idea, no era ser pasajeros eternos de un hotel, comenzamos a adquirir lo básico, cuando estuvimos listos un 9 de septiembre del 2001, decidimos mudarnos a un apartamentico en el Cabrero, barrio que está alineado con Marbella, la verdad nadie tiene la certeza donde comienza el uno y donde termina el otro y como en Marbella, en el Cabrero en época de brisa la arena, el olor de las algas, el de los peces muertos y los fermentos del mar llegan a todos los rincones de los barrios, ellos perfuman el día y la noche, sin piedad, ni descanso.

Cuando hay mar de leva, la cosa se pone fea, las olas crecen y su ruido asusta, su fuerza es tal, que las rocas se desprenden de los espolones y llegan a la carretera causando un verdadero caos en el tráfico que deben esquivarlas. Es de anotar, que al subir la marea las aguas putrefactas de las alcantarillas se desbordan y en las casas de primer piso, salen por los sifones de los baños.

¹ Abogada, especialista en Comunicación para el Desarrollo, magíster en Intervención Social, docente de Educación Superior, Gestora Cultural, Actriz, Escritora. Docente del programa de Administración de Empresas Turísticas y Hoteleras de la Fundación Universitaria Colombo Internacional UNICOLOMBO. E-mail: dberdugo@unicolombo.edu.co.

La verdad, en lo único que Cartagena es verdaderamente democrática, es en el olor a mierda, producto del taponamiento de los canales, que permitían el intercambio entre los cuerpos de agua de la ciudad, los cuales, sabiamente habían sido respetados, por los indígenas que la habitaron, antes de la llegada de los europeos en 1533.

Después del Cabrero llegamos a vivir por economía y espacio, al centro histórico. Nos ubicamos en el barrio de San Diego, en la Calle de la Reculá del Ovejo. Ahí estuvimos por espacio de siete años, exactamente al lado del hoy conocido como el centro comercial la Serrezuela, por aquel tiempo en que viví allí, era una obra en ruinas, donde funcionó el antiguo circo teatro de la ciudad, lugar recordado para muchos, porque ahí fue donde se realizaron, las primeras corridas de toro, llegó el circo de Bebe y los primeros festivales de música del caribe, entre muchos eventos más.

Mi relación con Torices no se inició de manera voluntaria, ni fue amor a primera vista, ni me parecía un bonito lugar, ni algo por el estilo. Esta decisión fue movida por razones prácticas, mi vida la había desarrollado en esa zona, mis hijas estudiaban en el Cabrero y Torices queda detrás del Cabrero y Marbella, está separado de estos barrios, por la laguna del cabrero y el caño Juan Angola.

Dado que el dinero escaseaba, para no hacer un cambio de raíz en nuestras rutinas, que implicaría un mayor esfuerzo económico y teniendo en cuenta, que ya éramos muy pobres para vivir en el cetro histórico, entre las diferentes opciones que barajamos, para cambiar nuestro domicilio, Torices desde la razón práctica, era la mejor y se tomó con resignación.

Llegamos a vivir a Torices un 9 de noviembre del año 2009, en el callejón Antonio Nariño, el cual se ubica entre la calle Guillermo Posada y el callejón de los besos. Dos cuadras abajo de la telefónica si se entra por la carretera del Paseo de Bolívar y una cuadra arriba si se entra por la catera de Torices. La calle Guillermo Posada, comunica con Mar Bella por el Puente Benjamín Herrera, mismo que el alcalde Dau, está reparando y anda haciendo vídeos ahí, montado en un tractor, para subirlos en las redes sociales, porque mucha gente le está dando palo a su gestión y esa es una manera barata, de hacerse publicidad.

Al llegar a Torices, comencé a conocer la vida del barrio desde dentro, sus lógicas y sus dinámicas, ya no como quien va a visitarlo por curiosidad o trabajo, sino como quien habita este entramado y gústele o no, le toca hacer parte de él. Como estaban en pleno las fiestas de independencia, el jolgorio era brutal. Los vecinos competían en la potencia de sus máquinas, es decir, las de sus equipos de sonidos y pikos.

Es decir, cada uno sacaba los baffles de sus equipos de sonido, para ahogar al otro con el sonido del suyo. Por el frente, a la izquierda, y a la derecha y por el patio, la música entraba y nos agredía, las vibraciones del sonido lograban erizar nuestra piel y desequilibrar nuestros pasos. Era una especie de ruido histérico y casi delirante, las canciones al estar montadas unas sobre otras, se hacían inentendibles y agobiantes.

Sin conocer a nadie, nos tocó cerrar herméticamente la casa, para poder descansar, cosa que no se dio en varios días, porque el tema de la música aquí es con relevo, cuando alguien apaga el otro prende. Al tercer día de la fiesta, unos cristianos evangélicos comenzaron con su guerra espiritual, día y noche, para apaciguar a los demonios que movían a los vecinos mundanos enrumbados. De este modo, entre paganos y cristianos comenzó una competencia, dura y pareja por el control del aire.

Entre las plegarias de los creyentes y sus cantos desafinados, amplificadas por un equipo dañado, provocaron a unas señoras piadosas de la cuadra, quiénes enloquecidas por la gritería santa, se acercaron a la iglesia a pedir y en su defecto a exigir que le bajarán al ruido, ya que, ellos estaban sobrios y con los borrachos nadie negocia. Por fortuna, ellos entendieron y bajaron un poco el volumen al amplificador.

Como por misericordia del altísimo, el día 14 de noviembre de ese 2009, comenzó a llover de manera copiosa y a

los ruidosos les tocó meter sus baffles y echarse adormir, entonces los cristianos aprovecharon, para hacerse sentir con sus cantos desafinados y sus oraciones histéricas, atando, reprendiendo y echando demonios y demás espíritus malignos.

Era tan espantoso y aterrador aquello que mi esposo dijo “La verdad prefiero música de los paganos a los cantos desafinados de los cristianos”. Yo que soy creyente, tuve que tragarme el sapo y aceptar que los rumberos, tenían mejor música y mejor sonido que los cristianos. Además, no asustaban con sus gritos, atando a tanto diablo suelto necesitando ser amarrado.

Superado el tema música y guerra espiritual, el nuevo desafío era enfrentar los estragos del agua. La lluvia si, que en Torices causa estragos, el cerro de la popa y la loma del diamante a causa de la erosión y de las construcciones inapropiadas, han debilitado el terreno y por momentos gracias a la lluvia, la tierra se licúa, hay deslizamientos y en ocasiones entre sus consecuencias se cuentan hasta muertos.

En la calle donde vivo el agua se empoza y la tierra que viene del cerro se detiene, dejando un barro fétido revuelto con las heces de los lomereros, que al no tener alcantarillado hacen del cuerpo en la tierra y está es movida con la lluvia y se reparte por todo el barrio, formando en las calles verdaderos tumultos de lodo en los que a veces crecen hasta matas de plátano y papayos.

Cuentan los vecinos que en un tiempo lograron recoger una gran cosecha de papaya, patillas, ahuyamas y papochos en los pedazos de tierra que se desprendieron de la Popa y que traían con sigo estos frutos sembrados, que hicieron del callejón Antonio Nariño un verdadero huerto improvisado, gracias a la generosidad de la naturaleza y el azar. Cabe anotar que el callejón de los besos, es un verdadero arroyo y se pone cruel cuando llueve fuerte. Una vez, hasta se estaba llevando un auto, por fortuna los vecinos auxiliaron a la conductora, haciendo un dique improvisado, este hecho me hizo ver la humanidad de la gente de este barrio, su solidaridad aún con el desconocido y su don de servicio. Este acto humanitario del toricense, me dio una primera razón, para amar a Torices.

Con el paso de los días reconocí el terreno, vi que Torices tiene casas republicanas, haciendas, castillos, urbanizaciones, edificios, casas de bareque y de tablas. Me percaté que estaba lleno de amigos de antaño y de ex vecinos del centro. Que es un barrio donde la modernidad en todas sus fases, se conjuga con la posmodernidad, está cerca al centro, al mar y al aeropuerto.

Torices sabe a ciudad y a pueblo, es urbano y es rural, es pobre y rico, es verde y es seco. Hay gente buena y también pandillas, es cuna de deportistas, músicos, de empresarios, académicos y políticos, es un mundo y el mundo mismo.

Es verdad, en tiempo de lluvia, se padece el barro y en verano la tierra seca se levanta, como un polvillo amarillento y molesto que cubre todo lo que existe. Pero Torices, tiene un San Antonio que se niega a ser decapitado, le han puesto una reja para protegerlo de los ataques de los balonazos de los chicos que no hacen goles, sino que descabezan al santo.

Torices tiene una Olímpica, un Ara, un Justo y Bueno, es sede de los domicilios D1, aquí hay remontadoras, iglesias de todos los credos, edificios, casas de palo y de hormigón. Los vendedores con megáfono, venden de todo lo imaginable, tus vecinos se convierten en familiares. Familiares molestos es verdad, pero finalmente son tu familia y no los puedes cambiar sino quererlos.

Al principio no le tuve fe a Torices, pero hoy 23 de agosto del 2021, comprendí que a Torices hay que vivirlo, sentirlo y contradecirlo, para conocerle, amarle y respetar su esencia. Torices no es el barrio más bonito de Cartagena, pero es el lugar donde habito y me gusta, tiene problemas como todos los barrios, pero eso no lo hace invivible.

Recorriendo de extremo a extremo a Torices, hoy quisiera saber quién acuñó la frase que me dijo mi amigo el investigador, Luis Enrique Kike Muñoz Vélez, toricense de pura cepa, refiriéndose a este barrio, la cual, explica según mi propia vivencia, en este barrio, por qué este lugar nos atrapa, nos llena y nos hace vivirlo, sin cambiarle nada. Porque sin lugar a dudas es cierto, lo que le escuché al Kike, “en Torices nació el mundo”